

El pluralismo experimental de John Stuart Mill*

The Experimental Pluralism of John Stuart Mill

Francisco Hermo**

UNSAM/CONICET
Argentina

Fecha de recepción: 2-09-2020

Fecha de aceptación: 6-05-2021

Resumen

El artículo presenta a John Stuart Mill como un pensador no dogmático, que buscó con su obra promover la apertura a otras formas de pensamiento y alentar la experimentación individual y colectiva. Con estas ideas presentes, analiza *Sobre la libertad* para mostrar que la novedad y radicalidad del ensayo no está en el “principio de daño” defendido, sino en la concepción pluralista y experimental de la sociedad esbozada. Mill renuncia a la búsqueda de coherencia y unanimidad para proponernos otra manera de entender la sociedad: como un laboratorio en el que se ensayan múltiples posibilidades. Finalmente, el artículo muestra que este pluralismo experimental permite entender mejor la postura de Mill respecto al socialismo.

Palabras clave: John Stuart Mill; Pluralismo; experimentación; socialismo; libertad.

Abstract

The paper presents John Stuart Mill as a non-dogmatic philosopher, who sought through his books to encourage openness to other ways of thinking as well as social and individual experimentation. Taking this into account it analyzes *On Liberty* to show that the novelty and radicality of the essay is not in the “harm principle” advocated but in the pluralist and experimental conception of society outlined. Mill abandons the pursuit of coherence and unanimity to offer an alternative understanding of society: as a laboratory where multiple possibilities are tested. Finally, the article shows that this experimental pluralism allows us to understand better Mill’s stance towards socialism.

Keywords: John Stuart Mill; pluralism; experimentation; socialism; liberty.

* Agradezco los comentarios y sugerencias de los evaluadores anónimos a la versión preliminar del artículo.

** Correo electrónico: fhermo@sociales.uba.ar

I. Introducción

A diferencia de lo que ocurrió con otros pensadores fundamentales del siglo diecinueve, como Karl Marx o Friedrich Nietzsche, John Stuart Mill alcanzó un reconocimiento notable en vida. No solamente era un intelectual prestigioso, también era sorprendentemente popular para los temas que trataba. Al momento de su muerte, en 1873, su *Lógica* había alcanzado ocho ediciones, e incluso antes, obras como su *Economía política* se publicaban en ediciones de bajo costo destinadas a las clases populares. “Mill – escribió John Morley en su obituario- es el único escritor del mundo cuyos tratados sobre asuntos abstractos en extremo han sido impresos en ediciones populares estando él en vida, y vendidos al precio que se venden las novelas para leer en el tren” (1886: 39). Paradójicamente, la posteridad no fue tan generosa; para 1890 la situación ya era diferente. Bertrand Russell recordaba: “Cuando llegué a Cambridge, convencido de que Mill era todo lo que un filósofo debería ser, me di cuenta de que ya no estaba de moda. ‘Hoy en día, se cree en Hegel’” (Citado en Álvarez, 2010: 30).

A la influencia creciente del idealismo en la filosofía inglesa, se sumó una serie de críticas que llegaron a ser lugares comunes¹: Mill habría sido un pensador poco original que se limitó a combinar las corrientes de su época con el pensamiento heredado de su padre. Peor aún, ese intento habría fracasado, dejando como resultado una filosofía incoherente. Incluso sus dotes como pensador dejarían mucho que desear, en sus obras podrían encontrarse numerosas inconsistencias y hasta falacias lógicas². No son los únicos cuestionamientos: aunque se interesó por un número impresionante de disciplinas su contribución a ellas habría sido ínfima. Tuvo además la mala fortuna de sostener teorías a punto de ser superadas, si su obra tuvo un efecto, sería únicamente el de retrasar el avance científico. Incluso un pensador tan afín como Isaiah Berlin se veía obligado a reconocer, en la década del cincuenta, que Mill “apenas hizo algún avance significativo en lógica, filosofía, economía o en el pensamiento político” (1988: 275), o que “el rigor de su argumentación no se puede contar como uno de sus méritos” (1988: 260).

¹ El mejor ejemplo tal vez sea la conferencia que Bertrand Russell dedica a John Stuart Mill en la British Academy, en ella el autor se hace eco de la mayoría de las críticas. El ejemplo es también notable por tratarse de un pensador favorable a Mill, quien además fue su padrino secular (Russell, 1955). Para la fama póstuma de Mill puede consultarse: Stafford (1998: 12-33) y Stack (2016: 30-44).

² Como es sabido, Jevons, Bradley y Moore hicieron críticas en este sentido. Aún hoy buena parte de la bibliografía sobre Mill gira alrededor de la “falacia naturalista” y la “falacia de la composición” que estarían presentes en *Utilitarismo*.

Si John Stuart Mill fue frecuentemente visto como un pensador inconsistente y teóricamente anticuado, ha sido común reivindicarlo, en cambio, como un moralista público³. Mill habría sido el “santo del racionalismo”, según lo bautizó William Gladstone, un amante de la libertad y variabilidad humana, defensor de los derechos de las mujeres y los trabajadores. Aun así, no han faltado quienes han visto en él una personalidad demasiado fría y seca, para que pudiera despertar su admiración⁴. Políticamente fue demasiado socialista para los liberales y demasiado liberal para los socialistas. Marx lo veía como un ejemplo típico de socialismo burgués. En *El Capital* lo acusa de haber llevado a cabo un “insípido sincretismo” (2006: 15) entre la economía política capitalista y las demandas del proletariado. Liberales como Mises, a la inversa, le reprocharon haber contaminado el liberalismo inglés con ideas socialistas llevándolo a la decadencia (1994: 235-236)⁵.

Aunque ninguna de las acusaciones carece de fundamento, son simplificadoras y exageradas. Desde la segunda mitad del siglo pasado (Stafford, 1998; Gray & Smith, 1991; Gray, 1979) los estudiosos de Mill se han encargado de mostrar que era un pensador mucho más consistente de lo que suele decirse⁶; que realizó numerosas contribuciones científicas, muchas lo suficientemente importantes para ganarse un lugar en la historia de distintas disciplinas⁷; que a pesar de las apariencias, su naturaleza era más sentimental que analítica; que lejos de ser un intelectual frío y abstraído de la realidad sus escritos estaban movidos por el afán polémico y el deseo de intervenir en su tiempo (Stafford, 1998: 9-10)⁸; también, que sus posturas políticas fueron de avanzada y su moral distaba de ajustarse a las convenciones victorianas (Nicholson, 2006: 264; Varouxakis & Kelly, 2010). Contestar a estas críticas, corrigiendo lo que había de falso o excesivo en ellas, se trata de un trabajo muy valioso y necesario, pero tal vez sea insuficiente. Igual de importante es mostrar que su pensamiento

³ Se trata de una figura común entre los intelectuales victorianos, por ejemplo, Charles Dickens o John Ruskin. Para un estudio sobre el tema véase: Collini, S. (1991).

⁴ Estas imágenes de Mill ya eran comunes en vida del autor. Véase al respecto: Hookway, 2012.

⁵ Al mismo tiempo, Mises destaca a John Stuart Mill como el más grande pensador socialista. Según él, todas las ideas importantes de esa corriente ya fueron desarrolladas por Mill, incluyendo las de Karl Marx.

⁶ Este punto está en el centro del giro que señala John Gray entre interpretaciones “Tradicionales” y “Revisionistas”, siendo las últimas aquellas que rechazan que Mill sea un pensador incoherente. Además de situarse a sí mismo en esta última corriente, Gray incluía los trabajos de autores como Alan Ryan, J.C.Rees, D.G. Brown, entre otros (Gray & Smith, 1991; Gray, 1979). Actualmente, Gray no sostiene más esta postura.

⁷ En lo tocante a la economía, según Pedro Schwartz, el cambio de valoración vino con el *History of Economic Analysis* (1954) de Schumpeter. Schwartz también menciona los importantes aportes de Mill a esa disciplina (Schwartz, 1968).

⁸ Véase además las distintas contribuciones al libro *J. S. Mill's Political Thought A Bicentennial Reassessment* (Urbinati & Zakaras, 2007).

se encuentra vivo y encierra magníficas posibilidades. En este sentido, cuando se compara la fortuna del pensamiento de Mill con la prolífica recepción de Nietzsche y Marx, el resultado no deja de ser decepcionante. Queremos mostrar que Mill es un filósofo mucho más interesante y radical que lo que se considera habitualmente fuera del círculo de especialistas. Esa radicalidad viene dada, para nosotros, por un pensamiento abierto a modos contrapuestos de vivir y de pensar, interesado en la experimentación personal y colectiva. Gracias a esto, llegó a concebir la sociedad como un laboratorio en el que se ensayan múltiples posibilidades. La versión de Mill que defenderemos en este artículo es la de un pluralista experimental.

En la primera parte nos ocuparemos de mostrar a Mill como un pensador plurilateral: alguien abierto a considerar e incorporar diferentes puntos de vista en la búsqueda de una verdad más completa. Mill no se proponía únicamente dar cuenta del mundo en toda su complejidad, también quería hacer a las personas más abiertas de mente. En el apartado siguiente nos ocuparemos de otra característica importante de su filosofía, su experimentalismo. Entendemos por esto su actitud favorable a ensayar nuevas posibilidades. Este experimentalismo no es un aspecto marginal y accesorio, sino que está profundamente enraizado en su matriz teórica. La filosofía empirista de Mill es una construcción deliberada para dar una oportunidad a lo no probado, en lugar de consagrar lo establecido. Es esta apertura a la novedad del ensayo lo que le da buena parte de su carácter progresista. Con estas ideas presentes, analizamos en los párrafos IV y V *Sobre la libertad*, la obra más célebre del autor. Mostramos que la originalidad del escrito no está en el “Principio de libertad” (o “daño”) defendido, sino en su concepción pluralista y experimental de la sociedad. Mill no solo desea que la humanidad se desarrolle en múltiples y opuestas direcciones, como ya había pedido Wilhelm von Humboldt, sino que concibe cada una de estas líneas de desarrollo como un experimento. En esta pluralidad de ensayos encontraríamos, para nuestro autor, la mejor garantía de progreso. El último párrafo se ocupa de su tan discutido acercamiento al socialismo, mostrando que, a pesar de sus cambios de valoración, Mill fue siempre coherente con sus principios: por un lado, mantuvo una apertura intelectual que lo llevó a examinar ideas fuera de la ortodoxia económica y a alentar a las personas a atender a ellas, sin juzgarlas de antemano ridículas o impracticables; por el otro, las animó a hacer la prueba. Su deseo era que se ensayaran otros modos de organización colectiva, mientras se le daba también oportunidad al capitalismo de mejorar. Lejos de abandonar su modelo pluralista y

experimental, pensó a los proyectos socialistas como algunos de los tantos experimentos que toda sociedad debería permitirse realizar. Del mismo modo, favoreció aquellas formas de socialismo que eran compatibles con la multiplicidad de experimentos, mientras rechazó explícitamente las contrarias. Vemos que el pensamiento de Mill es mucho más radical que el de sus críticos liberales o socialistas, porque admite una diversidad de lógicas en competencia. Esperamos que a la luz de estos temas pueda obtenerse una imagen renovada del autor. Para nosotros el pensamiento de Mill es uno que pone en el centro la imaginación y la invención, al considerar que toda institución humana es provisoria, y que lo mejor que podemos hacer es desarrollar numerosos experimentos en la búsqueda del conocimiento y la felicidad.

II. “Multiplicidad de aspectos”: la apertura milliana a otras formas de pensamiento

Una de las características más importantes de John Stuart Mill como intelectual fue su apertura a otras formas de pensar como parte de su búsqueda por arribar a una verdad más completa. Lo que denominaba “*many-sidedness*”, y que suele traducirse como “plurilateralidad” o “polifacetismo”, constituía su ideal de conocimiento. En distintas partes de su obra se presenta como alguien que busca escapar del error habitual de considerar un único aspecto de la existencia o la realidad negando todos los demás. Para Mill, el error común de las personas consiste en “dividir la verdad y tomar la mitad o menos de la mitad y (...) erigir sus púas y erizarse como un puercoespín contra cualquiera que les traiga la otra mitad” (1986: 234)⁹. Así, por ejemplo, se exalta el sentimiento a expensas de la razón, o la necesidad de cambio en detrimento de la importancia de conservar. Cada individuo, por sus circunstancias y carácter, es propenso a ver determinado aspecto y no otro, al que luego confunde con el todo. La mayor parte de la historia intelectual es la de medias verdades largamente desatendidas que pasan a ocupar el centro de la escena, por adaptarse mejor a las necesidades del momento. Para Mill, lo correcto es encontrar el núcleo de verdad que pueda haber dentro de cada perspectiva y esforzarse por combinarlas. Lo importante es que para esto es imprescindible abrirse a otros pensamientos, aquellos que nos revelan lo que por nuestra cuenta no somos capaces de percibir. Al mismo tiempo que se presenta como alguien receptivo a otras maneras de interpretar el mundo, nos señala que esta condición suya fue el resultado de un aprendizaje moral e intelectual. Carlyle se equivocaba al describir la

⁹ La traducción es nuestra.

Autobiografía de Mill como “la vida de una máquina picadora lógica, con apenas un poco más de humanidad en ella que si hubiera sido hecha por una cosa de hierro mecanizado” (Citado en Levi, 1961: 295)¹⁰. El libro está pensado como una suerte de novela de formación en la que se narra su apertura hacia la esfera de los sentimientos y otras maneras de pensar. Mill tuvo que superar la estrechez de pensamiento y los límites de su personalidad, habiendo comenzado su carrera con el espíritu dogmático y sectario de un propagandista. En las sociedades de debate de Londres y en la prensa, el joven Mill defendía con vehemencia las posturas utilitaristas y radicales. Mostraba con ello una excesiva fidelidad hacia las ideas en las que había sido adoctrinado por su padre.

Como parte de su esfuerzo para abrirse a otros pensamientos y dimensiones de la existencia, Mill buscó relacionarse con personas muy distintas a él. De esta manera fue como en 1831 se hizo amigo de Thomas Carlyle. Más influyente fue la figura de Samuel Taylor Coleridge, quien ya era un hombre mayor cuando lo conoció y por el que sintió verdadera reverencia. Esta búsqueda de alteridad por parte de Mill, que al principio fue inconsciente, llegó a asumirla como una filosofía a partir de la influencia de los románticos. De Coleridge aprendió la doctrina de las “medias verdades” que más tarde aplicó incluso al propio poeta (Mill, 2010b). Con esta concepción en mente, Mill se convirtió en el pensador “plurilateral” que vimos. A partir de entonces, su práctica filosófica estuvo indisociablemente unida a la apertura a modos diversos de pensamiento. Su lema, tomado de Goethe, fue “multiplicidad de aspectos” (Mill, 1943: 99).

Esta apertura a modos contrapuestos de pensar, que para nosotros es una de las características de la filosofía milliana, es la que ha llevado a algunos críticos a exasperarse frente a lo que interpretan como debilidad y eclecticismo. Rothbard es un ejemplo de esta clase de indignación, según escribe:

John Stuart fue la quintaesencia de la blandura, no de la radicalidad, un hombre sensiblero de ideas vagas que contrastaba notablemente con su acerado padre. John Stuart Mill fue la clase de hombre que, cuando lee o escucha un punto de vista que parece diferir completamente del suyo, dice ‘Sí, hay algo en eso’, y pasa a incorporar esta nueva corriente de opinión inconsistente en su espaciosa y confusa concepción del mundo. De ahí que esa ‘síntesis’ intelectual en permanente

¹⁰ La traducción es nuestra.

ampliación de Mill no fuera más que un vertedero de posiciones diversas y contradictorias (2015: 307-308).

Para Mill siempre se trató de ver lo que pudiera haber de cierto y valioso en cada postura. Si el resultado fue una “confusa concepción del mundo” o una visión más rica es discutible. Lo importante para nuestro trabajo es que fue un pensador abierto a explorar perspectivas radicalmente opuestas e incorporar fragmentos de otros pensamientos. En este sentido, su hospitalidad intelectual fue asombrosa: leyó a los románticos con la misma atención que a los utilitaristas, a los conservadores con idéntico respeto que a los socialistas. Su disposición a considerar cualquier idea que pudiera mejorar la situación humana lo llevó a interesarse por escritores reformistas, sin importar cuán extravagantes pudieran parecer sus propuestas. No se trató solo de virtudes personales, fue una postura filosófica que definió su estilo de pensamiento. Esta apertura a otras formas de pensamiento es también parte de lo que se propuso conseguir con su obra. En una carta sostenía que el efecto que buscó con *Sobre la libertad* era volver a las personas “más abiertas de mente” (1972: 631)¹¹. El filósofo se lamentaba que hasta ahora “la unilateralidad ha sido la regla, y la plurilateralidad, la excepción” (1964: 105). Llegó a pensar que la “unilateralidad es casi el mayor mal en los asuntos humanos” (1963: 205)¹² y se propuso contribuir a superarla.

III. Ensayar posibilidades: el experimentalismo milliano

La disposición a explorar una diversidad de perspectivas no es la única característica importante que define el estilo de Mill. La otra es su actitud experimental hacia la vida, de la que nos ocuparemos en este apartado. A la apertura hacia múltiples formas de pensamiento contrapuestas se agrega una idéntica disposición a ensayar posibilidades, a darle una oportunidad a lo nuevo y no probado. El filósofo se muestra favorable a intentar todo aquello que pueda contribuir a acercarnos a la verdad o aumentar la felicidad humana. No importa cuán desacostumbrado sea, para el autor debemos juzgar cada cosa en función de sus propios méritos, en lugar de partir de las ideas y prácticas establecidas. Esto supone no considerar ninguna cuestión como resuelta, ni institución alguna como definitiva, todo puede ser mejorado. Mill no nos pide que abandonemos lo que demostró ser valioso, sino permitirnos

¹¹ La traducción es nuestra

¹² *Ídem*.

ensayar cosas nuevas: “la experiencia no puede haber decidido entre dos sistemas, mientras sólo se haya experimentado uno de ellos” (Mill, 2000: 167).

Esta actitud experimental está en el centro de una filosofía al servicio de la reforma. En lugar de tomar lo establecido como verdades eternas promueve el surgimiento de nuevas prácticas, conocimientos e instituciones. Al contrario de lo que suele creerse, en Mill no existe separación entre sus tratados científicos y ensayos políticos (Nicholson, 2006: 464). Toda su matriz de pensamiento apunta a promover la mejora colectiva. Cuando concibió su *Lógica*, lo hizo como respuesta a las teorías trascendentalistas en boga a las que juzgaba conservadoras y peligrosas en tanto podrían funcionar como una justificación para la defensa de todos los prejuicios. Consideraba que la doctrina apriorística conduce a la consagración de lo establecido, ella esencializa lo que es y se dispensa de dar pruebas. En la *Autobiografía* era claro al denunciar que “gracias a esta teoría, toda creencia inveterada y todo sentimiento intenso cuyo origen no se recuerda, está autorizado para dispensarse de la obligación de justificarse por la razón, y se erige en su fiador propio en justificación suficiente de sí mismo” (Mill, 1943: 135). Para Mill, “nunca se concibió arma semejante para la consagración de todos los prejuicios profundamente arraigados” (Mill, 1943: 135). Por el contrario, su filosofía empirista se propone dar una oportunidad a lo nuevo, permitir el ensayo de otras posibilidades. Esa apertura hacia la novedad contribuyó a darle a su obra un talante progresista. Del mismo modo en que está íntimamente vinculado a su doctrina epistemológica, el experimentalismo también lo está con su ética de raigambre utilitarista. Se trata de una ética optimista y plenamente secularizada, que coloca el aumento de la felicidad en este mundo como finalidad; pero además, es una ética consecuencialista, lo que quiere decir que juzga la acción en función de sus resultados y no de sus intenciones. Esto es lo que la hace tan afín al pragmatismo norteamericano, con el cual comparte su disposición experimental frente a la vida. La filosofía de Mill está pensada para que permanezcamos abiertos a lo no probado, para que demos lugar a los experimentos que puedan servir para aumentar la felicidad; busca que adoptemos una actitud flexible, sometiendo las cuestiones al veredicto de la prueba. Es también una filosofía pluralista, en tanto como veremos, promueve la multiplicidad de ensayos y opciones de vida.

Esta apertura a ensayar nuevas posibilidades sin dudas se reforzó a partir del segundo acontecimiento fundamental en la vida de Mill, siendo el primero su “crisis mental” de 1826,

nos referimos a la relación sentimental con quien acabaría convirtiéndose en su esposa. Harriet Taylor no solamente amplió la raquítica vida afectiva de Mill, haciéndolo un pensador más profundo y humano, también lo acercó a ideas radicales. Se han escrito ríos de tinta sobre esta relación y su influencia. Para Hayek, Taylor lo habría vuelto un pensador más dogmático, en nuestra opinión ocurrió lo contrario, lo hizo más dispuesto a cuestionar lo establecido y aventurarse por caminos inexplorados. Sobre todo le dio un nuevo impulso a su vena reformista, en el momento en que se encontraba reaccionado contra el utilitarismo, incorporando para ello elementos que lo acercaban a posiciones políticas conservadoras. Aunque ya se había interesado por el socialismo, fue por influencia de Taylor que se volvió más receptivo a los experimentos sobre otras formas de organización económica. A Mill le agradaba mucho una frase del jurista John Austin: que todas las instituciones existentes y las organizaciones sociales son “meramente provisionales” (1943: 139). Haciendo suya esta idea, la pareja afirmaba dar “la bienvenida con el mayor placer a todo experimento socialista” (1943: 139). Lo hicieron incluso a pesar de muchas dudas sobre su practicabilidad. Para Mill, no se trataba solo simpatía hacia sus ideales, era abrirse a la perspectiva de algo nuevo, permitir que se ensayaran otras formas de organización que pudieran conducir al aumento de la felicidad.

Taylor fue además decisiva en su acercamiento al naciente movimiento feminista. También aquí puede verse la matriz experimental del autor. Nuestro pensador rechaza todos aquellos discursos apriorísticos que buscan cerrarle el paso a la realización de las mujeres, poniendo como excusa una supuesta inferioridad natural, un mandato divino o una pertenencia esencial al ámbito doméstico, todas cosas que siempre fueron presentadas como evidentes en sí mismas y cuyo ejemplo, según se afirma, podría encontrarse en todas partes. Nuevamente lo que se busca es ensayar otras posibilidades, dar paso a lo que las mujeres puedan llegar a ser. Contra la tendencia de una parte de la humanidad a decidir por otra qué es “lo propio” de ella, fijándola en un lugar o un destino, ambos escribieron:

Negamos el derecho de que cualquier porción de la especie decida por otra porción (...) qué es y qué no es la ‘esfera propia’ de cada uno. La esfera propia es, para todos los seres humanos, la más ancha y más alta que puedan conseguir (Taylor, 2010: 123).

Lo que afirma sobre las mujeres vale también para cualquier grupo social y en última instancia

para cada individuo. Hay en el autor una ética subyacente según la cual nadie puede determinar *a priori* aquello que una persona puede alcanzar ni donde encontrará su felicidad:

No hay otro medio de averiguar lo que un individuo o muchos son capaces de hacer más que la experiencia; y nadie puede reemplazar a otro el trabajo de descubrir qué debe hacer o qué debe dejar de hacer para su felicidad. (Mill, 2010a: 174).

Lo que Mill desea es que cada uno pueda llevar a cabo sus propios “experimentos de vida” para encontrarlo. Este es el tema de *Sobre la libertad*, el ensayo del que nos ocuparemos a continuación.

IV. La novedad y radicalidad de *Sobre la libertad*: el esbozo de una sociedad pluralista y experimental

Hoy en día *Sobre la libertad* es leído como un clásico y saludado por todos los amantes de la libertad. Curiosamente, su recepción inicial no fue tan calurosa, e incluso entre los académicos sigue siendo objeto de valoraciones diversas¹³. En primer lugar, muchos estuvieron en desacuerdo con el diagnóstico del que partía: la libertad no se encontraba en peligro, sino que, por el contrario, se hallaba cada vez más extendida. Si había un riesgo, se decía, era el exceso de libertad que amenazaba al orden. Macaulay formuló este cuestionamiento diciendo que Mill era un hombre que gritaba fuego en medio del diluvio universal (Citado en Nicholson, 2006: 469)¹⁴. Pero no es solo el problema del que se ocupa lo que se ha cuestionado, también la respuesta que brinda. En su obra, Mill defiende un principio según el cual lo único que autoriza a la sociedad a interferir en la libertad personal es la protección del daño a terceros, rechaza de ese modo cualquier intromisión en lo que afecta únicamente al individuo. Esta distinción entre lo que nos concierne a nosotros y a los demás, fue cuestionada, sosteniendo que no es posible aislar un ámbito puramente propio. James Fitzjames Stephen, el primer crítico importante de su obra, escribió que diferenciar entre acciones personales y acciones que afectan a terceros es tan absurdo como pretender distinguir entre acciones que ocurren en el tiempo y en el espacio (1991: 28). Stephen señalaba además que el “Principio de libertad” (o “daño”) defendido se contradecía con el principio “de la mayor felicidad” del utilitarismo. Según esta doctrina ética, que Mill reivindica en el ensayo, las acciones son correctas en la

¹³ Para la recepción de *Sobre la libertad* véase: Conway (2019); Nicholson (2006) y Gray & Smith (1991).

¹⁴ La traducción es nuestra.

medida en que tienden a promover la máxima felicidad del mayor número. Ahora bien, tal felicidad puede implicar avasallar la libertad individual, algo que el propio Stephen, conservador y utilitarista, sabía. Las críticas de Stephen se convirtieron en la base de la mayoría de los planteos posteriores. Fue con la rehabilitación del pensamiento de Mill, en la segunda mitad del siglo pasado, que las críticas fueron a su vez cuestionadas. Para nosotros, hay algo estéril en estas disquisiciones en las que se ha enterrado a los textos. La preocupación por señalar defectos en la argumentación o defender al autor de las críticas, ha llevado con frecuencia a desatender sus innovaciones y potencialidades.

En nuestra opinión, lo que hay de novedoso y radical en *Sobre la libertad* es que en él puede leerse una filosofía del pluralismo en clave experimental. En sus páginas se perfila un nuevo ideal de sociedad, constitutivamente heterogénea, que se desarrolla en múltiples y opuestas direcciones. Una comunidad de experimentadores donde se invita a cada quien a realizar sus ensayos con la verdad y la felicidad. Esta sociedad abierta y experimental supone una ruptura mayor con la tradición monista. La originalidad del trabajo se esconde, sin embargo, detrás de un marco sumamente tradicional, pues el problema del que se ocupa es la naturaleza y los límites del poder que la sociedad puede ejercer legítimamente sobre las personas. Se trata de una pregunta conocida, salvando que para el autor adquiere un nuevo sentido en el seno de una sociedad democrática de masas. En cuanto al principio que defiende, que los individuos son enteramente libres en aquello que atañe únicamente a sí mismos, y que lo único que autoriza a la sociedad a interferir en la libertad de alguien es impedirle dañar a otros; era lo suficientemente conocido, e incluso establecido, como para que admita que no es una doctrina “en absoluto nueva” y que “pueda tener, para algunas personas el aspecto de perogrullada” (1964: 55).

La novedad del ensayo no está por lo tanto en la formulación del problema ni en el principio defendido. En la *Autobiografía*, deja en claro que el libro es “una especie de texto filosófico de una verdad única” (1943: 151), ¿cuál es esta verdad?: “La importancia para el hombre y la sociedad de una gran variedad de caracteres y de dar plena libertad a la naturaleza humana para expansionarse en direcciones innumerables y confluentes” (1943: 151). La frase hace patente el pluralismo de Mill, sin embargo estamos ante una de las tantas influencias de la corriente romántica en su obra. Mill se inspira en *Los límites de la acción del Estado* de Wilhelm von Humboldt (2009). Allí el alemán sostiene esta idea con una frase que Mill

convierte en epígrafe de *Sobre la libertad*. A primera vista la única diferencia sustancial es que para Humboldt el problema era fijar los límites del poder político, tratándose por lo tanto de un asunto constitucional, mientras que Mill - inspirado por *La democracia en América* de Tocqueville- está más preocupado por el poder difuso que ejerce la sociedad sobre los individuos, frente al cual parece buscar un principio práctico que permita definir la esfera de la libertad. Aunque estas diferencias son relevantes, hay una más importante que resulta de otra combinación. Para nosotros, lo novedoso es el modo en que Mill une el ideal pluralista con una filosofía empirista que destaca la importancia de los experimentos, al tiempo que los conduce hacia el terreno de la vida. Que cada quien pueda hacer sus propios “experimentos de vida”, para que multiplicando las posibilidades todos podamos salir beneficiados, ese es el mensaje tan democrático como radical de la obra. Como veremos a continuación, al establecer su argumento en defensa de la libertad, Mill esboza de manera indirecta un modelo de sociedad pluralista y experimental.

V. Reconstrucción del argumento de *Sobre la libertad* desde su pluralismo experimental

Permítasenos examinar de manera más detenida el argumento del libro. En *Sobre la libertad*, Mill distingue tres ámbitos que no pueden ser violados mientras no se perjudique a los demás:

- 1) La libertad de conciencia, en el sentido más amplio de la palabra, esto es de opinar y de sentir a nuestro modo sobre cualquier asunto. A esta libertad añade la de expresar y publicar esos sentimientos y opiniones, que aunque pueda parecer una libertad distinta, es inseparable en la práctica e igual de importante.
- 2) La libertad de vivir de acuerdo con nuestros gustos e inclinaciones, por mucho que puedan desagradar a otras personas
- 3) La libertad de asociación, que entiende como una prolongación de la libertad anterior, y que consiste en el derecho de cada uno a unirse con quien desee para la persecución de un fin cualquiera. Su modelo pluralista y experimental se despliega en la argumentación con la que defiende estos tres tipos de libertades. En todos los casos busca mostrar, a quienes no valoran la libertad como un bien general, por qué es bueno permitir que otros puedan pensar o vivir a su modo. Lo que a nosotros nos interesa es que su explicación trasciende la búsqueda de persuadir a un hipotético conformista, para acabar perfilando un modelo de coexistencia abierto y experimental. En lo que sigue veremos las tres libertades referidas, mostrando cómo en cada una de ellas el filósofo replica el mismo argumento.

1) La defensa de Mill de la libertad de pensamiento y de discusión se centra, como es sabido, en la falibilidad humana: nunca podemos estar seguros de estar en lo correcto como para permitirnos desatender otras posturas. Es cierto que con frecuencia nos encontramos firmemente convencidos de algo, sin embargo, también quienes condenaron a Galileo estaban seguros de que el sol giraba alrededor de la Tierra. La historia de los errores debería llevarnos a ser precavidos, a preguntarnos cuántas de aquellas cosas que afirmamos con vehemencia podrían resultar equivocadas. Que los seres humanos podemos equivocarnos es algo generalmente admitido, pero lo sorprendente es que no saquemos ninguna consecuencia práctica de eso. Para Mill esta consecuencia será la necesidad de permitir la diversidad de opiniones, no arrogarse la potestad de juzgar por todo el resto de la humanidad, presente y futura, ejerciendo la censura.

Mill nos invita a considerar los tres casos posibles cuando se juzga una afirmación según el criterio de verdad: ésta puede ser verdadera, falsa o parcialmente verdadera. Analiza a continuación los tres casos para mostrarnos cómo en todos salimos beneficiados permitiendo otras posturas. El filósofo comienza con la posibilidad de que la afirmación amenazada resulte ser correcta. Nuestro ejemplo de la teoría heliocéntrica nos muestra que censurar una opinión diferente podría significar perder una oportunidad de salir del error en el que nos encontrábamos sin que pudiéramos imaginarlo. Esto es particularmente alarmante, ya que como escribe, no hay nada que proteja a una verdad de los intentos de borrarla de la tierra. El segundo caso posible es que la opinión no resulte ser verdadera sino falsa, tal como se suponía al censurarla. Para Mill, incluso en este caso nos habríamos beneficiado considerándola, ya que habríamos ganado una comprensión renovada y más firme de la verdad. Nuestras verdades necesitan ser permanentemente puestas a prueba, esta es la única garantía de que podemos confiar en ellas. Adelantándose al falsacionismo escribe: “Las creencias de la humanidad que cuentan con mayores garantías, no poseen más protección que una invitación constante al mundo entero a demostrar su falta de verdad” (1964, 67-68). Más aún, una verdad no examinada corre el riesgo de degenerar en dogmatismo, puesto que perdemos de vista sus fundamentos. Por eso incluso en una situación donde todos estuviéramos de acuerdo sobre una verdad deberíamos imaginar nuevas hipótesis o trabajar desde distintas perspectivas que nos permitan seguir probando esa verdad y mantenerla viva. En un mundo donde todos hubiéramos alcanzado el consenso – y no solo en el terreno

científico- tendríamos que asumir siquiera a título especulativo el papel de “herejes”. La pluralidad de opiniones es por lo tanto una necesidad, no algo simplemente a ser tolerado, sino permanentemente reinventado para el beneficio de la humanidad. Existirán, entonces, muchas opiniones y teorías, y también un libre intercambio de ellas, gracias al cual avanzamos en nuestro conocimiento y perfeccionamiento moral. Este pluralismo epistemológico es el que luego sostendrá Feyerabend, cuyo ensayo *Contra el método* remite con justicia al de Mill (1997: 32). Existe una tercera y última posibilidad: que la expresión amenazada no sea enteramente correcta o incorrecta, ella contiene algún elemento que hasta entonces había sido desatendido por el modo de pensar dominante. En este caso, que para el autor es el más común, el beneficio radica en completar lo que hasta entonces era una verdad parcial. Mill pone el ejemplo de la filosofía de Rousseau, cuya crítica a la civilización era excesiva, pero permitió recordar las bondades de la vida natural. Estamos, por supuesto, ante la doctrina de las “medias verdades” que aprendió de Coleridge. Esta situación puede que no se dé en las ciencias exactas, pero según afirma, es lo común cuando se trata de asuntos humanos. Como pensador “plurilateral”, Mill defiende la apertura a estos modos de pensar contrapuestos y la necesidad de conciliar sus verdades parciales.

2) Hemos presentado los tres casos posibles: que un enunciado sea verdadero, falso o parcialmente verdadero, y vimos que en todos nos beneficiamos con la libertad de pensamiento y expresión. En el primero porque accedemos a la verdad, en el segundo porque adquirimos una mejor comprensión de una verdad conocida y en el tercero porque adquirimos una verdad más completa. Tras examinar la libertad de pensamiento y de discusión, terreno más familiar y generalmente admitido, se dirige hacia las prácticas, es decir a la libertad de conducirnos según nuestras opiniones. Para el filósofo las personas deberían ser enteramente libres en aquello que atañe únicamente a sí mismas, siendo por eso los únicos responsables de sus actos. Mill replica la estructura del argumento que usó para defender la libertad de pensamiento y de opinión, mostrando cómo también aquí la libertad reporta un beneficio a todos:

De la misma manera que es útil, mientras dure la imperfección del género humano, que existan diferentes opiniones, lo es que haya diferentes experimentos de vida [*experiments in living*]; que se abra el campo al

desarrollo de la diversidad de carácter, siempre que no suponga un daño a los demás (1964: 120-121)¹⁵.

Para Mill, desarrollando nuestros “experimentos de vida”, enriquecemos nuestras sociedades estableciendo posibilidades no previstas. Se trata de prácticas o maneras de comportarse que pueden resultar mejores que las establecidas. El filósofo escribe:

No sólo hay necesidad de gentes que descubran nuevas verdades, o que señalen el momento preciso en que lo que fue largo tiempo una verdad dejó de serlo, sino también de otras personas que comiencen nuevas prácticas, y que den el ejemplo de una conducta más ilustrada, de mejor gusto, y de buen sentido en todas las cuestiones que se puedan presentar (164: 133).

Sin dudas las novedades suelen ser vistas con recelo, pero debemos recordar que todas aquellas prácticas y modos de vida que nos resultan familiares fueron alguna vez iniciadas por alguien, y que en sus comienzos debieron ser vistas con extrañeza o desagrado. Tenemos que permitir que nuevas prácticas puedan aparecer para ampliar el repertorio de lo posible y mejorar el modo en que hacemos las cosas. La posibilidad de iniciar algo valioso no es algo que siempre se dé, pero incluso si no pudiéramos, nos serviría para recordar por qué hacemos las cosas, para evitar que actuar según lo acostumbrado se vuelva una ciega repetición. Del mismo modo en que nuestras verdades deben ser puestas a prueba permanentemente para que no caigan en el dogmatismo, también hay que hacerlo con las prácticas, por eso necesitamos ser tanto “excéntricos” (1964: 138) como “herejes”. Es solo manteniéndola a prueba que nuestra tradición puede tener algún sentido para nosotros. Podemos ver que Mill convierte las figuras heterodoxas y polémicas en elementos fundamentales del progreso, se trata de inventar nuevas posibilidades y evitar la clausura del conocimiento y la sociedad. Si existe un peligro ese es el de la ortodoxia en cualquier terreno. Más que temer al conflicto que pudiera producirse por el choque de diversas perspectivas y formas de vida, lo consideraba necesario para mantener a la sociedad vital. Su preocupación era el estancamiento, al que tenía por el gran peligro en las sociedades modernas (Pollitzer, 2012, 2015).

Vimos que para el filósofo la libertad permite una variedad de aproximaciones, lo que constituye el medio más seguro para el progreso. Sin embargo, el argumento va mucho más lejos. En un giro que parece derrumbar toda su argumentación previa, sostiene que cada

¹⁵ Traducción modificada.

persona debería ser libre de vivir a su modo, pues lo que podría ser bueno para uno podría no serlo para otro:

Ya he dicho que es importante dar el más libre impulso posible a las cosas desusadas, a fin de que se pueda comprobar, a su debido tiempo, cuáles de ellas merecen convertirse en costumbres. Pero la independencia de acción y el menosprecio de la costumbre no sólo han de ser alentadas porque ofrezcan la oportunidad de crear mejores modos de obrar y costumbres más dignas de la adopción general (...) No hay razón ninguna para que todas las existencias humanas deban estar cortadas por un solo patrón, o sobre un pequeño número de patrones (...) personas diferentes requieren condiciones diferentes para su desarrollo espiritual (1964: 138).

Para Mill, debemos vivir del modo que es bueno para cada uno, llevar el tipo de existencia que se acomoda a nuestro carácter, inclinaciones e intereses, siempre respetando los proyectos de vida de los demás. En la medida en que nadie puede averiguar por nosotros lo que nos conviene, ni tampoco podemos estar seguros de antemano, Mill sostiene que tenemos que hacer nuestros experimentos. Las experiencias de los demás constituyen un gran tesoro, pero no pueden reemplazar las comprobaciones personales. Por eso es importante que haya diferentes maneras de vivir y que “cada uno pueda, cuando lo juzgue conveniente, hacer la prueba de los diferentes géneros de vida” (1964: 120). La respuesta a cómo este argumento puede ser compatible con lo que venimos viendo posiblemente sea que existen cuestiones universales y otras que dependen de las necesidades de cada individuo.

3) Existe un tercer ámbito para el que defiende la aplicación de su principio. Se trata de la libertad de asociación, a la que considera una prolongación natural de la libertad anterior y sometida a los mismos límites. La libertad de asociación es el derecho de cada uno a unirse con quienes lo desee para la persecución de un fin cualquiera. Mill subraya que al tratarse de asociaciones voluntarias sus participantes deben ser adultos y no encontrarse coaccionados ni engañados. La naturaleza de esa asociación es tan indeterminada como sus propósitos o participantes, en ella puede entrar virtualmente lo que sea. Precisamente eso es lo que la hace tan feliz, el hecho de que pueda dar lugar a todo lo que los seres humanos sean capaces de inventar juntos. Curiosamente, a diferencia de lo que ocurre con las dos libertades anteriores, Mill prácticamente no la desarrolla. Tras haber dedicado un capítulo a la libertad de pensamiento y discusión, y otro a la de vivir de acuerdo con nuestras inclinaciones, lo

esperable era que replicara la estructura del argumento en este nuevo dominio. Nos falta por lo tanto lo más bello e interesante de todo, aquellos “experimentos” en el terreno de la vida en común.

Nos vemos obligados a ingresar en un terreno más especulativo. Si la libertad de asociación es una prolongación de la libertad de vivir de acuerdo con nuestro modo hay que pensarla, en nuestra opinión, de la manera más amplia y rica posible. En principio, tenemos aquellas formas de asociación en las que nos unimos a otros simplemente por el deseo de estar juntos. En ellas la propia asociación constituye, sino el propósito exclusivo, al menos el principal. Nos referimos a vínculos como el matrimonio que, según escribía ya en 1832, debían ser libres, pudiendo disolverse cuando las partes lo quisieran (1984). Pero no hay razón para limitarse a esta forma. Hay un momento muy interesante en *Sobre la libertad* en el que, al analizar la poligamia entre los mormones, Mill defiende su derecho a vivir como deseen mientras no hagan daño al resto, para él se trata de un tema que les incumbe exclusivamente. Debemos abstenernos de imponerles nuestras costumbres o preferencias, de la misma manera en que no toleraríamos que nos impusieran las suyas. Mill se hubiera alegrado de saber que nuestro marco jurídico se ha vuelto lo suficientemente flexible para incluir otros modos de coexistencia. Para él constituiría una buena noticia que cada vez se reconociera más el derecho de las personas a buscar la felicidad a su manera, en lugar de arrogarnos el conocimiento sobre cómo debe vivirse. Lo importante es que en este terreno también deberían ser posibles los experimentos, inventando otras relaciones entre las personas.

Hasta aquí hemos hablado de la libertad de asociación cuyo propósito es el disfrute de una vida en común, pero también es posible unirse con fines ulteriores. Es el caso de las cooperativas, a las que consideraba la clave para una economía más justa; también el de las asociaciones civiles. En estas últimas veía el corazón de la sociedad democrática. Mill prefería que aquellas cosas que disfrutamos a diario sean el resultado de la libre asociación en lugar de una manufactura del Estado, una de las razones es que solo así podría garantizarse la diversidad y con ello la existencia de muchos experimentos. Tomemos el ejemplo de la educación que emplea. El filósofo cree que el Estado debería obligar a todos los padres a educar a sus hijos y ayudarlos con los gastos cuando no pudieran solventarlos, pero distingue que el Estado imponga la enseñanza obligatoria y que se encargue de dirigirla. Una educación general, común a todos, le parece un atentado contra la diversidad y una invitación al

despotismo. Su argumento tiene varias aristas que remiten a las ideas de Tocqueville, pero también se vincula a su modelo pluralista y experimental. El Estado puede ocuparse de la educación, pero únicamente como un actor más, sobre todo donde faltan personas interesadas en hacerlo: “Una educación establecida y controlada por el Estado no debería existir, y en caso de existir, más que como uno de tantos experimentos, entre muchos otros, hecho solamente con propósito de servir de ejemplo y estímulo, para elevar a los demás a un cierto grado de excelencia” (1964: 200). Como siempre lo que busca es multiplicar las posibilidades en lugar de que haya una única solución a los problemas: “Las operaciones del gobierno tienden a ser las mismas en todo lugar. Por el contrario, gracias a las asociaciones individuales, y voluntarias se consigue una inmensa y constante variedad de experiencias” (1964: 206-207).

Luego de pasar revista a las tres clases de libertad de las que se ocupa, podemos apreciar porque son tan importantes para el autor. Además de ser un bien en sí mismo, la libertad permite multiplicar los puntos de emergencia de lo nuevo. En lugar de partir de un único polo y afirmar una única lógica, crea un sinnúmero de focos donde se ensayan nuevas posibilidades. Permite la pluralización de la vida y al hacerlo ofrece la mejor garantía de progreso: “La única fuente infalible y permanente del progreso es la libertad, pues, gracias a ella puede contar el progreso con tantos centros independientes como individuos existan” (1964: 143). Multiplicando los experimentos aumentamos las posibilidades de éxito y nos aseguramos que el progreso nunca podrá ser truncado o detenido. Al defender esta concepción, Mill toma distancia de la obsesión por la unidad presente en los pensadores de la época, especialmente los saint-simonianos. Por unidad, nos aclara, no hay que entender solo la búsqueda de unanimidad, sino también de algo que permita sistematizar la vida humana. Este anhelo es el que llevó a Comte, en su última etapa intelectual, a presentar su filosofía como una religión, creando lo que para nuestro autor era un monstruoso sistema de despotismo. Mill cuestiona el supuesto fundamental de que la unidad sea algo bueno y necesario, refiriéndose a Comte escribe:

Que toda perfección consiste en unidad, aparentemente lo considera una máxima que ningún hombre sano piensa discutir. Nunca parece entrar en sus consideraciones que alguien pueda objetar ab initio, y preguntar ¿por qué esta universal sistematización, sistematización, sistematización? ¿Por qué es necesario que toda la vida humana no apunte más que a un objetivo, y que

tenga que ser cultivada en un sistema de medios relativos a un fin singular?
(1977: 163).

Esto es precisamente lo que rechaza aceptando la existencia de una pluralidad de fines, permitiendo que la vida se desenvuelva en innumerables direcciones contradictorias. Encuentra que de ese modo se garantiza mejor la felicidad del conjunto que en cualquiera de los planes de los reformadores. En el libro ya citado insiste:

¿No puede resultar que, de hecho, la humanidad, la cual, después de todo, está constituida por seres humanos singulares, obtenga una cantidad mayor de felicidad cuando cada uno persigue lo suyo, bajo las reglas y las condiciones necesarias para el bien de los demás, que cuando cada uno hace del bien de los otros su único objetivo...? (1977: 163).

Si el sueño de Mill es una sociedad pluralista donde existan numerosos experimentos, puede entenderse una de las razones por las cuales es importante que los recursos y los talentos no se concentren en ningún lugar, como ocurriría con un Estado omnipresente. No es solo el temor a la servidumbre, es también garantizar la referida “inmensa y constante variedad de experiencias”, frente a un gobierno cuyas operaciones “tienden a ser las mismas en todo lugar” (1964: 206-207). Que para Mill el crecimiento del Estado se realice a costa de la diversidad de aproximaciones, no significa que lo vea como un enemigo de su lógica experimental. De hecho, le asigna tres tareas en relación con ella. En primer lugar, es de suponer que el Estado deba proteger la libertad de las personas, para que puedan hacer sus “experimentos de vida”. En segundo lugar, desarrolla sus propios experimentos allí donde falta la iniciativa, o se trata de probar otras lógicas: es el ejemplo que vimos de la educación, pero podría extenderse a otros ámbitos, como la producción. Hay una tercera función mencionada, la más original de todas, el Estado debe actuar como un depositario de experiencias, procurando difundirlas para que estén disponibles para todos los demás. Contribuye así a una sociedad basada en la inteligencia colectiva:

El Estado puede ser útil como depositario central y propagandista y divulgador activo de la experiencia que resulte de numerosos ensayos. Su función consiste en hacer que todo experimentador aproveche los experimentos de los demás, en lugar de no tolerar más que sus propios experimentos (1964: 207).

Teniendo todo esto en cuenta, puede anticiparse la poca afinidad que podía tener con las versiones continentales del socialismo, tema de nuestro último apartado.

VI. Experimentos socialistas: una interpretación de la postura de Mill respecto al socialismo

Las páginas anteriores nos conducen a uno de los temas más controvertidos entre los estudiosos de Mill: su relación con el socialismo. En su *Autobiografía*, declaraba sin ambigüedad su adhesión al socialismo (1943: 138), desde entonces la cuestión ha sido objeto de discusión¹⁶. Las dudas sobre qué clase de socialista fue, si es que efectivamente lo era, y cómo podría relacionarse con sus ideas liberales, se repiten. Parte de la dificultad radica en descifrar qué se entendía por socialista en su época y cuál era su grado de familiaridad con las distintas corrientes. A esto se suma que la postura de Mill no fue siempre la misma. En la primera edición de sus *Principios de Economía Política* tenía una posición crítica respecto a la viabilidad de los planes socialistas; en la segunda edición ya adoptaba una postura más amistosa e indulgente, actitud que alcanzó su punto máximo con la tercera edición, solo para regresar a una mirada más escéptica en sus *Capítulos sobre el socialismo*¹⁷. Cuánto de ese acercamiento expresaba su pensamiento y cuánto se debía a Taylor, es todavía discutido. Leer al filósofo desde las ideas que hemos expuesto permite arrojar nueva luz sobre la cuestión general, nos muestra cómo a pesar de sus cambios de valoración su postura fue coherente. También permite entender su aceptación de algunas formas de socialismo y su rechazo de otras.

El punto puede ser más fácilmente establecido partiendo de los *Capítulos...* Con esta obra nos invita a analizar las propuestas socialistas despojados de prejuicios:

Todos los planes, cualquiera que sea el nombre con el que se designan, propuestos por los reformadores sociales con el fin de lograr los beneficios que se buscan con la institución de la propiedad sin los inconvenientes anejos

¹⁶ Hemos mencionado al comienzo del artículo la postura de Mises y Marx al respecto. Para Schumpeter, Mill era un socialista evolutivo defensor del cooperativismo (1954); Hayek atribuía el socialismo de Mill a la influencia despótica y negativa Taylor (2015); Schwartz, siguiendo a Lord Robbins, señalaba que no había que tomarse el compromiso de Mill con el socialismo demasiado en serio (1968).

¹⁷ Es el propio Mill quien nos advierte en la *Autobiografía* esta diferencia entre las tres ediciones de sus *Principios de Economía Política* (1943: 140). Para un estudio atento a la evolución del pensamiento económico de Mill sigue siendo ineludible Schwartz (1968).

a ésta, deben ser examinados con la misma sinceridad, sin prejuzgarlos como absurdos o impracticables (2011: 48).

Este es precisamente el punto principal, se trata de lograr la mayor felicidad del mayor número y para hacerlo no descarta de antemano ninguna solución económica. Su interés es cuál de los sistemas es capaz de producir mejores condiciones de vida: “lo que a nosotros nos corresponde es hacer una serena comparación entre dos diferentes sistemas sociales, con vistas a determinar cuál de ellos proporciona los mayores recursos para superar las inevitables dificultades de la vida” (2011: 102).

Lo interesante es que no adopta la actitud dogmática a la que estamos hoy acostumbrados. Para él, el socialismo es “una cuestión abierta” (2011:121) y más importante, algo que no puede determinarse de manera abstracta y apriorística. Aunque cree que el asunto puede y debe ser abordado teóricamente, estudiando sus problemas y soluciones posibles, en última instancia debe resolverse a “escala experimental, mediante un método de prueba” (2011:102); para el filósofo, “no hay otro modo posible de determinar la practicabilidad o la función benefactora de las soluciones socialistas” (2011:102). Debemos, entonces, hacer ensayos, ver si es posible vivir de otra manera. Esto no significa abandonar el sistema de propiedad privada vigente, también éste le parece un asunto no zanjado. Considera probable que mientras se lleven a cabo los “experimentos socialistas”, el capitalismo desarrolle a su vez nuevas formas y logre mejorar la calidad de vida de los trabajadores, Mill percibía incluso que esto ya estaba sucediendo. Lo que desea es “dar al presente sistema económico...su mejor oportunidad” (2011:102), pues como escribe en otro lugar, “el principio de la propiedad privada nunca se ha practicado fielmente” (1978: 199). Vemos que, a diferencia de la inmensa mayoría de los autores, no aborda el asunto como si estuviéramos ante dos campos antagónicos. Para él son experiencias que toda sociedad debería estar interesada en desarrollar. Lo que desea es multiplicar los experimentos. En esta variedad de experiencias encontraba, en *Sobre la libertad*, el medio más seguro para el progreso.

Aunque podemos imaginar que hubiera estado satisfecho con la caída de los totalitarismos socialistas, Mill difícilmente compartiría los discursos triunfalistas que presentan la economía capitalista como la única realidad posible. Hacerlo equivale a algo tan absurdo como festejar nuestra falta de alternativas. Para él donde no existen otras posibilidades deben ser inventadas en beneficio de todos, necesitamos “excéntricos” y

“herejes”. Esto nos muestra que Mill es un pensador mucho más radical que sus críticos liberales y socialistas puesto que admite una diversidad de lógicas en competencia. En lugar de rechazar la competencia, como los socialistas de su tiempo, o reducirla al mercado, la extiende hasta incluir a las propias relaciones capitalistas.

Interpretar el socialismo de Mill desde su pluralismo experimental nos ayuda también a entender por qué favoreció determinadas formas de socialismo y excluyó otras. El filósofo distingue dos corrientes muy distintas. En primer lugar, aquella que se propone sustituir de manera progresiva el orden basado en la propiedad privada y la competencia, reemplazándolo por un sistema de escala pequeña, pero que puede extenderse multiplicando esas unidades autónomas. Se trata del socialismo de pensadores como Owen o Fourier, que los marxistas bautizaron “socialismo utópico”. Estos son los que estudió y de los que se ocupó en sus *Principios*. Sin embargo, en los *Capítulos...*, ya advierte un segundo tipo muy distinto de origen continental. Este se propone reemplazar de la noche a la mañana el orden existente, haciéndose del control central de la producción para ponerla al servicio de los trabajadores. Entre estos dos socialismos escoge el primero, manifestando incluso cierta simpatía, mientras rechaza totalmente el segundo. Una razón fundamental está determinada por el experimentalismo. “La primera forma de socialismo tiene (...) la gran ventaja de que puede ponerse en funcionamiento progresivamente, y demostrar sus capacidades por un procedimiento de tanteo” (2011: 104). Su carácter acotado permite ensayarlo sin causar perjuicio a la población, así como desarrollar otros experimentos en paralelo. Por el contrario, Mill se sorprende ante la inmensa presunción de aquellos socialistas que desean “sustituir de un solo golpe el antiguo régimen”, exponiendo a la población a la miseria y violencia, en defensa de algo jamás ensayado:

Debe reconocerse que todos los que están dispuestos a jugar este juego basándose en la fuerza de su propia opinión – hasta ahora sin confirmar por ninguna verificación experimental-; que están deseosos de privar a todos aquellos que hasta ahora han vivido una cómoda existencia física, de los únicos medios que tienen actualmente de conservarla; y que no tienen miedo del horroroso derramamiento de sangre y del sufrimiento que de ello se seguiría si el intento fuese resistido, deben tener una serena confianza en su propio juicio, por un lado, y por otro una indiferencia ante los sufrimientos

de la gente, que ni Robespierre ni Saint Just – hasta ahora los típicos ejemplos en posesión de ambos atributos - a duras penas alcanzarían (2011: 104-105).

Para el autor, el único camino sensato al socialismo era a través de la difusión de los experimentos exitosos, la adopción voluntaria por parte de un número creciente de personas de sus instituciones a medida que demuestren funcionar y ser mejores: “si las asociaciones comunistas muestran que pueden ser durables y prósperas, se multiplicarán y probablemente serán adoptadas por porciones sucesivas de la población de los países más avanzados, conforme vayan estando moralmente preparadas para ese modo de vida” (2011: 122). Aunque sabe que muchos experimentos fracasarán, los considera igualmente valiosos, ya que cumplen una doble función educativa: por un lado, engrosan el cúmulo de experiencias ampliando nuestro conocimiento; por el otro, llevan a las personas a hacer uso de las facultades indispensables para el funcionamiento de un sistema socialista, preparándolas así para éste. Por el contrario, forzar a poblaciones no preparadas a adoptar el socialismo, le parece además de violento, algo condenado al fracaso.

Como podemos ver, la postura de Mill respecto al socialismo fue coherente con su modelo de sociedad pluralista y experimental. Para él se trataba de uno de los tantos experimentos que deberían permitirse. Agreguemos que también fue coherente con los principios que, para nosotros, animaron su práctica filosófica: la disposición a explorar otras formas de pensamiento y la actitud favorable a la experimentación. Respecto al primero, ya en la primera edición de los *Principios de economía política* se mostraba dispuesto a considerar el socialismo en lugar de descartarlo por ridículo o impracticable. Cuando en 1848 alguien publicó una reseña de su libro elogiándolo por sus críticas al socialismo, Mill se sintió profundamente disgustado: “El escritor es uno de esos cuyo modo de pensar y sentir me es extremadamente desagradable” (Citado en Schwartz, 1968: 254), escribió. En la misma carta se queja que esta persona:

Da una idea totalmente falsa del libro y de su autor cuando me hace participar en la burla con la que habla de los socialistas (...) He expresado mesurada y razonablemente mis objeciones a los planes particulares propuestos por los socialistas para prescindir de la propiedad privada; pero en otros puntos importantes estoy de acuerdo con ellos y en ninguno siento por ellos sino respeto, pues pienso, por el contrario, que son el más poderoso

elemento de mejora en el estado actual de la humanidad (Citado en Schwartz, 1968: 254).

La disposición favorable a la experimentación es la otra constante, en la tercera edición de los *Principios* ya nos decía que:

Lo que hay que desear con respecto a esta como a las demás variantes del socialismo, y a lo que tienen perfecto derecho, es la oportunidad de un ensayo. Todos pueden ensayarse en escala moderada, sin riesgo alguno personal ni pecuniario, si no es para aquellos que se sometan al ensayo (1978: 205-206).

Como afirma luego en los *Capítulos*, para él “la cuestión es averiguar cuál de estos dos arreglos es el más conducente a la felicidad humana” (2011: 106).

Podemos ver ya que el pensamiento de Mill es sumamente heterodoxo. Esto es claro en la última sección de los *Capítulos sobre el socialismo*, en la que se ocupa de la propiedad privada. Lamentablemente se encuentra inconclusa, pero el título da cuenta de su tesis “La idea de propiedad, no fija sino variable”. Mill muestra cómo ella ha ido cambiando a lo largo de la historia y en diferentes pueblos. Para el autor, “la idea de propiedad (...) es variable como lo son todas las demás creaciones de la mente humana” (2011: 136). No hay por lo tanto nada natural ni sagrado en la propiedad, solo una institución humana que debería ser evaluada en términos utilitaristas. Ella tuvo muchas formas y puede admitir otras tantas. Que las instituciones económicas no son evidentes, lo aprendió de joven de los saint-simonianos. Fue el contacto con esta escuela que lo llevó a desnaturalizar las cosas que como economista había dado por sentado:

Mis ojos se abrieron, en parte gracias a sus escritos, a la apreciación del valor, muy limitado y temporal, de la vieja Economía política, que presenta la propiedad y la herencia como hechos intangibles y la libertad de producción y cambio como última palabra del progreso social (1943: 102).

Esto lo llevó a tener una concepción más amplia de la ciencia económica. Ya en la reseña al libro de Martineau, criticaba a los economistas políticos por “intentar construir un edificio permanente a partir de materiales transitorios” (1967: 225)¹⁸. Su error consistiría en “dar por hecho la inmutabilidad de los arreglos sociales”, tomarlos por “verdades universales y

¹⁸ La traducción es nuestra.

absolutas” (1967: 225)¹⁹, cuando ni siquiera se encuentran en otras partes.

Al no considerar la propiedad sagrada e inmodificable, se alejó de los pensadores liberales a favor de una visión más libre y creativa, ya que parte de menos supuestos. Al igual que los socialistas, Mill sabía que el repertorio de lo posible es mucho más amplio que el orden de lo instituido. Sin embargo, también tomó distancia de los socialistas en un punto no menos fundamental. Incluso en sus momentos de mayor afinidad, sostuvo la importancia de lo que toda sociedad liberal reconoce: la existencia de muchos propósitos o fines humanos. En los *Capítulos sobre el socialismo* vuelve a la lección de *Sobre la libertad*, utilizando palabras casi calcadas. Lo que hay que buscar es que

[l]a naturaleza humana tenga libertad de expansionarse espontáneamente en varias direcciones, tanto en el pensamiento como en la praxis; Que las gentes piensen y *hagan experimentos por sí mismas*, y no entreguen a los gobernantes, ya actúen en nombre de unos pocos o de la mayoría, la faena de pensar por ellas y de prescribir cómo deben actuar (2011: 120)²⁰.

Señala nuevamente que la pluralización de la vida es la mejor garantía para superar “los obstáculos que se interfieren en el progreso humano” (2011:120).

Tanto su rechazo a naturalizar las instituciones existentes, como a reducir la vida a un único propósito, dan cuenta de su amplitud poco común. Lejos de ser un pensador insípido como creyó Marx, la suya es una filosofía abierta a explorar múltiples posibilidades, interesada en la riqueza de la inventiva humana.

VII. Conclusiones

Podríamos ilustrar nuestras conclusiones recordando una curiosa anécdota de Mill. Según relata en su autobiografía, una de sus obsesiones durante su crisis de juventud era el temor al agotamiento de las combinaciones musicales. Consideraba que, si existe un número limitado de tonos en una octava, y solo unas pocas combinaciones resultan agradables, llegaría un momento en que no habría lugar para ningún descubrimiento musical. El arte se acabaría, ya no surgirían nuevos Mozarts ni Webers, no habría personas capaces de descubrir nuevas bellezas musicales. Mill se rebeló contra este tipo de visión que postula un agotamiento y

¹⁹ *Ídem*.

²⁰ Las cursivas son nuestras.

clausura del mundo, ya sea en el terreno del arte, la política o el conocimiento. Nos ofreció, en cambio, una filosofía pluralista que pone en el centro de la vida colectiva el descubrimiento y la invención.

A lo largo de este artículo hemos presentado a John Stuart Mill como un pensador no dogmático, que buscó con su filosofía promover la apertura a otras formas de pensamiento y alentar la experimentación individual y colectiva. Consecuente con ello, defendió un modelo de sociedad pluralista y experimental, que se desarrolla en múltiples y opuestas direcciones. Para nosotros, la novedad y radicalidad de *Sobre la libertad* no está en el “principio de daño” defendido, sino en su visión de la sociedad como un laboratorio donde se ensayan diferentes posibilidades.

Considerar de esta manera la filosofía de Mill nos permite entender mejor su postura respecto al socialismo. A pesar de sus cambios de valoración, se mantuvo fiel a los principios que animaron su práctica filosófica: se interesó por las ideas socialistas y se esforzó por volver a las personas más receptivas a ellas. También, buscó que se les diera la oportunidad del ensayo, mientras se permitía al sistema de propiedad privada mejorar. Su interés por los proyectos socialistas, lejos de contradecir su modelo de sociedad pluralista y experimental, muestra cuán hospitalario era. Mill los veía como experimentos que toda sociedad debería permitirse realizar. En lugar de decantarse por un único arreglo social, se mostró favorable a explorar distintas soluciones que pudieran conducir al aumento de la felicidad humana. Para él se trataba de posibilitar una rica variedad de experiencias, a las que veía como el medio más seguro para el progreso.

La sociedad como la imagina Mill es un laboratorio en el que las personas realizan sus experimentos en la búsqueda del conocimiento y la felicidad, una comunidad donde existen muchas maneras de vivir y de pensar, en donde predomina un desorden creativo. Su filosofía no se propone encerrar a las personas en una única respuesta, busca dar lugar a la riqueza de lo que son capaces de inventar.

Referencias bibliográficas

- Álvarez, J. Francisco (2010). La vigencia intelectual de John Stuart Mill. En J. S. Mill. *La lógica de las ciencias morales* (pp. 11-43). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Berlin, Isaiah (1988). John Stuart Mill y los fines de la vida. En *Cuatro ensayos sobre la libertad* (pp. 244-277). Madrid: Alianza Editorial.
- Collini, Stefan (1991). *Public Moralists, Political Thought and Intellectual Life in Britain, 1850-1930*. Oxford: Oxford University Press.
- Conway, Stephanie (2019). *Interpreting Mill's On Liberty, 1831-1900*. Tesis de doctorado, University of London.
- Feyerabend, Paul (1997). *Tratado contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Madrid: Tecnos.
- Gray, John & Smith, G.W. (1991). Introduction. En *J. S. Mill On Liberty in Focus*. London: Routledge.
- Gray, John (1979). John Stuart Mill: Traditional and Revisionist Interpretations. *Literature of Liberty*. London, II (2).
- Hayek, Friedrich (2015). J. S. Mill, Mrs. Taylor, and Socialism. En *The Collected Works of F.A.Hayek, Vol 16. Hayek on Mill. The Mill-Taylor Friendship and Related Writings*. The university of Chicago Pres.
- Hookway, Demelza (2012) *The John Millennium': John Stuart Mill in Victorian Culture* (Doctorado). University of Exeter.
- Humboldt, W. Von (2009) *Los límites de la acción del Estado*. Madrid: Tecnos.
- Levi, Albert (1961). The Writing of Mill's Autobiography. *Ethics*, 61(4).
- Marx, Karl (2006). *El Capital. Crítica de la Economía política*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Mill, John Stuart (1943). *Autobiografía*. Buenos Aires: Espasa Calpe.
- Mill, John Stuart (1963). *The Collected Works of John Stuart Mill. Volume XII - The Earlier Letters 1812-1848 Part I*. University of Toronto Press, Routledge & Kegan Paul.
- Mill, John Stuart (1967). Miss Martineau's summary of political economy. En *Collected Works of John Stuart Mill, Volume IV - Essays on Economics and Society, Part I*. Toronto: University of Toronto Press, Routledge & Kegan.
- Mill, John Stuart (1972). *The Collected Works of John Stuart Mill. Volume XV - The Later Letters of John Stuart Mill 1849-1873*. University of Toronto Press, Routledge & Kegan Paul.
- Mill, John Stuart (1977) *Auguste Comte y el positivismo*. Buenos Aires: Aguilar.

- Mill, John Stuart (1978) *Principios de Economía Política. Con algunas de sus aplicaciones a la filosofía social*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mill, John Stuart (1984) "On marriage". En *The Collected Works of John Stuart Mill, Volume XXI – Essays on Equality, Law, and Education*. Toronto: University of Toronto Press, Routledge & Kegan.
- Mill, John Stuart (1986) "The spirit of the Age, I". En *The Collected Works of John Stuart Mill, Volume XXII – Newspaper Writings December 1822 – July 1831 Part I*. Toronto: University of Toronto Press, Routledge & Kegan.
- Mill, John Stuart (2010a). El sometimiento de la mujer. En Taylor, H., & Mill, J.S. *Ensayos sobre la igualdad de los sexos*. Madrid: Antonio Machado Libros.
- Mill, John Stuart (2010b). *Coleridge*. Madrid: Tecnos.
- Mill, John Stuart (2011). Capítulos sobre el socialismo. En *Capítulos sobre el socialismo. La civilización*. Madrid: Alianza Editorial.
- Mill, John Stuart (1964). *Sobre la libertad*. Buenos Aires: Aguilar.
- Mises, L. von. (1994) *Liberalismo*. Barcelona: Planeta - De Agostini.
- Nicholson, Peter (2006). The reception and early reputation of Mill's political thought. En Skorupski, J. (Ed.) *The Cambridge Companion to Mill*. New York: Cambridge Press.
- Pollitzer, María (2012) "John Stuart Mill y el peligro del estancamiento en las sociedades modernas". *Revista Estudios Públicos*, 128, 89-113
- Pollitzer, María (2015). "Naturaleza y límites del antagonismo en la teoría política de J.S. Mill", *Telos. Revista Iberoamericana de estudios utilitaristas*, 20(2), 59-81.
- Rothbard, M. N. (2015). *Historia del pensamiento Económico. Volumen II: La economía clásica*. Madrid: Unión Editorial.
- Russell, Bertrand (1955). *John Stuart Mill*. London: Oxford University Press.
- Schumpeter, Joseph (1954). *History of Economic Analysis*. London: Allen & Unwin.
- Schwartz, Pedro (1968). *La 'nueva economía política' de John Stuart Mill*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Stack, David (2016). "The afterlife of John Stuart Mill, 1874-1879". En Macleod, C. & Miller, D.E.(Ed.) *Companion to Mill. Blackwell Companions to Philosophy*. London: Wiley Blackwell.
- Stafford, W. (1998). *John Stuart Mill*, London: Macmillan.
- Stephen, James Fitzjamen (1991). *Liberty, Equality, Fraternity: And Three Brief Essays*. Chicago: The University of Chicago Press.

- Taylor, Harriet (2010). La emancipación de la mujer. En Taylor, H., & Mill, J.S. *Ensayos sobre la igualdad de los sexos*. Madrid: Antonio Machado Libros.
- Urbinati, Nadia & Zakaras, Alex (2007). *J. S. Mill's Political Thought A Bicentennial Reassessment*. New York: Cambridge University Press.
- Varouxakis, Georgios & Kelly, Paul (2010). John Stuart Mill's thought and legacy. A timely reappraisal. En Varouxakis, G. y Kelly, P. (Eds.). *John Stuart Mill - Thought and Influence. The Saint of Rationalism*. London: Routledge.